Arzobispo
Braulio Rodríguez Plaza

Carta semanal

Pentecostés

11 de mayo de 2008

Se ha señalado muchas veces, y con razón, que Cristo no nos ha dejado ni una sola línea escrita, como hicieron otras personalidades religiosas. Y no es que Él no supiera leer y escribir: todo israelita aprendía en la escuela sinagogal ambas cosas. Pero ciertamente Jesús no nos ha transmitido unas Tablas con la Ley, como sí hizo Moisés. No ha dictado el Corán, como hizo Mahoma. Tampoco fundó una especie de orden religiosa como Buda. ¿Cuál fue la razón de este proceder de Cristo? Puede haber muchas. Pero lo que sí dijo Jesús es algo mucho más significativo: «*Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*» (Mt 28,20).

Lo que sí hizo Jesús es algo, en mi opinión, más importante y peligroso: fundó una comunidad, que se puede entender como una familia, un templo, una casa, un pueblo donde Él está como parte esencial: fundó la Iglesia. Hoy no nos suena bien la palabra Iglesia. Cada día oímos hablar de nuevas deficiencias de sus ministros o de sus fieles —verdaderas o inventadas—. Las instituciones de la Iglesia les parecen a algunos anticuadas, mezquinas a veces. A menudo se crea la impresión de que las exigencias de la Iglesia ya están superadas o que son perfectamente superables, y que se defienden con una obstinación tal que, en lugar de liberar a los hombres, se les ponen cargas.

¿Qué diremos de esto? Que no son apreciaciones ciertas. Hay que preguntarse en qué se apoya la Iglesia. La respuesta dice que la Iglesia es «*fuerza en la debilidad*», una mezcla de fallo humano y misericordia divina. Por tanto, pertenece a la esencia de la Iglesia su carácter simultáneamente divino y